

II

BAJO LA SIERRA DE CABALLS

El camión es un coche cisterna con matrícula de Teruel. La carrocería, de un amarillo rabioso, vibra sobre las piedras y los baches de la carretera. Los amigos, fuera de Gandesa, de donde salieron casi al alba, lo ven bajar por el repecho serpenteante, entre tierra de labor, calveros de piedra ocre y ramblas lamidas. Cuando el camión llega a su altura se detiene al lado de la cuneta. El ayudante, golpeando la portezuela, invita a los viajeros a subir. José Agustín y Alfonso se muestran remolones e indecisos.

- Arriba, suban -insiste el ayudante-. Si les apetece, suban. La cabina es grande. Llevamos sitio de sobra.

Ya dentro de la cabina, Alfonso aprieta el macuto sobre la red, junto a la estrecha litera que se eleva tras el asiento. El chófer es un hombre delgado, de muñecas poderosas y velludos brazos. Viste una camiseta blanca, redonda y sin cuello. Lleva apretado sobre la garganta un pañuelo encarnado y en la cabeza una gorrilla de visera, dejada caer hacia la nuca. Mete la primera velocidad y el camión se pone de nuevo en marcha.

Los baches hacen sonar, como un tambor, la gran cuba redonda de la cisterna.

A la izquierda se adivinan, lejanos y confusos los montes de Paselles. La carretera. La carretera se estrecha entre vaguadas desiertas y badenes solitarios. En los campos de la derecha, en la rastrojera amarilla de agosto, unas merinas pastan calmosamente.

José Agustín saca un paquete de tabaco y lo ofrece a los del camión. Luego, con el encendedor de martillo, enciende el cigarro del chófer, que lo agradece y habla, por vez primera, con voz ronca de aragonés del sur:

- No es que sea meterme donde no me llaman -dice- pero hay que tener muy pocas cosas serias que hacer para echarse a caminar por estas tierras, sin ton ni son. No creo que sean ustedes comisionistas, representantes, ni nada por el estilo.

- No, claro que no. No hacemos turismo. Somos escritores.

- ¿Periodistas?

- Algo así. Queremos escribir un reportaje sobre estas tierras, desde el Ebro hasta el Maestrazgo, y hemos aprovechado las vacaciones para venir aquí.

- Poco hay que ver y menos que contar, por esta región. Antes con los maquis, aún se podía escribir algo interesante. Pero ahora...

• • - ¿Hubo muchos maquis por aquí?

- ¡Caray, si los había! Muchas veces nos hemos cruzado con ellos cuando los dos trabajábamos con una camionetilla de Valderrobres, y bajábamos, un día sí y otro no, al pantano de la Pena. Era gente que no molestaba a quien cerrara el pico.

- Me parece que le echan mucha fantasía al maquis por estos pueblos -dice José Agustín.

- Mucha fantasía, mucha -repite Alfonso-. No serían tantos como se dice, ni los tendrían demasiado tiempo por esas montañas. Siempre se exagera.

Chófer y ayudante cruzan una mirada.

- Mejor para ellos que hubiera sido así -dice el ayudante-. Agua pasada no mueve molino. Pueden creer lo que les de la gana. Pero eran muchos, y estuvieron por aquí muchos años.

- ¿Cuántas partidas había en la sierra? -pregunta José Agustín?

- Puede que cuarenta, quizá cincuenta. A treinta hombres por lo menos cada una, hagan la cuenta y verán los que salen.

- Demasiados hombres me parecen -dice Alfonso- si las cuentas son como usted dice.

- Qué descreído es usted, amigo. No sé que íbamos a ganar éste y yo con contarle lo que no es verdad.

- De acuerdo. Retiro lo dicho. Pero no creí que fuesen tantos.

El pueblo de Caseras queda a la izquierda de la carretera, separado de la general por un camino polvoriento. Es un pueblo a horcajadas casi entre Cataluña y Aragón. El último de la raya fronteriza. La cinta arenosa del río Algar cruza bajo la carretera. Tiene el cauce seco en verano, pero en invierno y en primavera -explica el chófer- lleva las aguas de la Sierra de Miranda hacia el río Ebro.

La carretera se hace más serpenteante aún y vuelven las cuestas. Campos áridos y yermos y campos floridos, donde

crecen, en mitad de los cultivos, algunas flores rojas. Barrancos y terraplenes, bancales y desmontes que se tornasolan de violeta y azul. La mañana es limpia. El camión se cruza con una moto, y más tarde con un carro al paso.

- ¿Está siempre tan desierta esta carretera?

- Por aquí casi no hay gente, y los pocos que quedan no se mueven del pueblo. Sólo pasamos por aquí los camiones, el autobús de línea y, a veces, algún particular, o algún turista.

Un hombre carga sobre un muleto unos aperos de labranza, junto a una pequeña casa, al borde del camino. Por fin a la derecha, y tras el parabrisas en el que reverbera el sol, aparece el pueblo de Calaceite.

- Antes -dice el ayudante- no se llamaba así, sino Cananet, o algo parecido. En el sello de caucho del Ayuntamiento se ve un perro con el rabo hacia arriba. Una vez tuve que pedir un certificado, cuando el secretario me lo entregó vi que tenía ese sello que les digo.

Calaceite es un pueblo pequeño y animado. Los camioneros, junto con los amigos, entran en un bar. Es un salón grande, con un mostrador a la izquierda y que tiene un gran espejo tras el estante de las botellas. Sobre él, y sujeto con unas tiras de papel engomado, hay un bando del municipio, escrito a mano y con tinta de color violeta muy claro, que dice:

AYUNTAMIENTO DE CALACEITE

ESTE AYUNTAMIENTO ESTA AUTORIZADO A COBRAR 0,50 CENTIMOS POR CONSUMICION "PRO-FIESTA", LOS DIAS 13 AL 20 DEL ACTUAL, AMBOS INCLUSIVE. SE RUEGA SEA INUTILIZADO EL TICKET POR EL CONSUMIDOR. CALACEITE, 12 DE AGOSTO DE 1961.

Bajo la firma del alcalde, Alfonso distingue el sello

de caucho del Ayuntamiento, con su perro de mirada fija y cola erguida, como pendiente del vuelo rastreado de una perdiz. Mientras los amigos toman café, el chófer y su ayudante degustan una bebida espumosa de color oscuro, parecido al de la Coca-Cola. Alfonso pregunta por el nombre del extraño brebaje.

- Es un zuavo -contesta el ayudante-. Es una bebida que se deja tomar y tonifica los nervios. La fabrican en Mora de Ebro.

- Sí, hombre, es muy conocida en Tarragona, en Reus y toda esta región -explica José Agustín.

Alfonso, por curiosidad, y cuando termina el café, solicita de la mujer que despacha, y que habla un extraño revoltijo de castellano y catalán con acento aragonés, que le sirva también una botella de zuavo. La bebida tiene un sabor agri dulce, donde se mezclan la zarzaparrilla y la menta, el café y el limón.

El bar es un salón bastante amplio. Diseminados por las mesas, unos cuantos hombres charlan fuerte, mientras otro grupo de camioneros se juega el aperitivo a los dados, en el rincón opuesto del mostrador.

En la pared del fondo, y sobre una extraña repisa, descansa majestuosamente un gran aparato de televisión. El aparato y un anuncio de AGUA TONICA SCHWEPPES son las dos referencias que demuestran que Calaceite mantiene contacto, pese a su alejamiento, con la cultura y civilización europeas de hoy. Los del camión que ha traído a los viajeros, están hablando con Alfonso de los Maquis, otra vez. Parece que es un tema que les interesa.

- ¿Quién era la Pastora? -pregunta José Agustín, que se ha distraído contemplando el local.

- La Pastora, hombre, la Durruti, la guerrillera de Vallibona. Una tía de pelo en pecho que tuvo en jaque a los del sombrero de hule durante muchos años. Ahora la tienen presa en el penal de San Miguel de los Reyes, en Valencia. Al menos, la tenían. Puede que ya la hayan fusilado.

Alfonso paga, a pesar de que los dos camioneros se empeñan en invitar y sostienen con él una graciosa disputa, con el dinero en la mano. Cuando salen a la calle para subir al camión, el sol ha ganado ya tres palmos en el acerado. Un guardia civil cruza ante ellos y parece mirar muy sorprendido el atuendo un tanto estrafalario de los dos amigos.

Pronto reemprenden la marcha, a buena velocidad ahora, pues el terreno llanea otra vez.

Por un altillo trepa un rebaño de cabras, conducido por un chaval. Se percibe el olor vivo y dulzón, del celo de los machos.

- Media península es un yermo sin árboles por culpa de miles de cabrotas como estas -dice José Agustín con aire de entendido-. Se lo comen todo.

- Cabras y cabrones, todo es lo mismo -asiente el ayudante-. Es una leche este país.

El camión no se detiene en Valdetormos, el pueblo siguiente. Cruza el lugar despacio, como si temiera atropellar a los chiquillos que juegan en mitad de la calle, y que no se apartan a pesar del claxon.

- Queriendo llegar como quieren a la venta de Valdeagorfa -dice el chófer- tendrán que caminar un poco. Si nosotros siguiéramos también hasta Morella, encantado en acompañarles, pero vamos para Alcañiz. Son unos cientos de metros solamente.

Es lo que debiéramos hacer, caminar siempre -contesta José Agustín-. Pero entonces, ni en un mes terminábamos este viaje. Maestrazgo abajo ya será otra cosa. Por allí vale la pena darle a los pies.

- Si no fuera porque tenemos que cargar aceite en Alcañiz y salir con los minutos justos para llevar la mercancía a Caspe, no nos importaría dejarles en la misma venta y comer con ustedes.

- No importa. Otra vez será.

El camión vuelve a subir repechos. No mucho más adelante se adivina el cruce. El chófer, sin embargo, al llegar al final de la cuesta, acelera llaneando.

- Faltan aún un par de kilómetros -dice.

Cinco minutos más tarde se llega al cruce en que se bifurca la carretera: al Sur hacia Morella, al Noroeste hacia Alcañiz. En mitad del ramal, como en el centro de un triángulo, queda la Venta de Valdealgorfa.

Los dos camioneros bajan del vehículo para despedirse de los amigos.

- Hasta otra, si es que nos volvemos a ver.

- Gracias por el viaje. Salud y suerte.

Cuando el motor arranca, los compañeros empiezan a caminar. El camión es pronto un punto amarillo que se pierde ronqueante, a lo lejos, entre el tomillo y la tierra de labor. Alfonso carga el macuto sobre su espalda. Mientras, José Agustín orina sobre un ribazo, y luego se acerca a su amigo de una carrera, masticando una rama de hierba que ha tomado del borde de la carretera.

- Buena gente eran esos tipos, ¿verdad?

- Buena, sí, muy buena. Sobre todo el ayudante. El chófer era un poco chulillo.

Junto a una caseta abandonada de peones camineros se encuentra la Venta de Valdealgofa. Es un gran edificio encalado, con las jambas de las puertas y ventanas pintadas de añil. Ante él hay una terraza llena de tiestos de barro, sembrados de gitanillas, begonias, esparragueras y pino-verde. A la izquierda del porche una reja llena de tiestos con flores recuerda (a Alfonso) las celosías andaluzas. La cortina que está en la puerta de la entrada es de cordelera reforzada o adornada con tapones de gaseosa, cerveza y coca-cola, aplastadas unas tras otras. Una cortina extraña, tornasolada de reflejos, de destellos de púrpura y de reverberaciones, a la que los viajeros se acostumbran en seguida y que han de encontrar en todas las tiendas y bares del Maestrazgo.

Junto a la entrada el ventero recibe a los amigos con raros aspavientos, abriendo y cerrando los brazos y haciendo gestos que, así, de entrada, no se puede precisar si son de bienvenida o de enfado.

- Si quieren almorzar, tendrán que esperar por lo menos una hora.

- Lo que queremos, de momento, es un sitio donde sentarnos y ponernos a escribir algunas cartas.

- Pero supongo que comerán...

- Cuando llegue la hora. Usted no se preocupe.

- ¿Van de camino?

- Echando un vistazo por el país.

- Aquí -dice señalando el comedor, a mano izquierda- pueden hacer lo que les plazca. Lo que tengo para el almuerzo son unas costillas de cordero y unos huevos revueltos.

Los viajeros pasan al comedor. Es un cuarto pintado de color rosa-carmin muy fuerte. Todas las paredes están llenas de almanaques y estampas de santos. Los manteles son de hule rayados en azul. Hay dos repisas horribles con jarroncitos llenos de flores artificiales reposando sobre paños con puntillas de encaje. Frente al comedor, al otro lado del zaguán, se ve la cocina. El humo del fogón sube lento y blancuzco, chimenea arriba. Alfonso sale a beber un trago de agua de un botijo, y aprovecha la ocasión para dar una vuelta por el primer piso. Sube la escalera, despacio, hasta el lavabo. A su izquierda se abre un pasillo, en el que desembocan diez o doce dormitorios. Las puertas están abiertas, pues acaban de fregar. En todas las habitaciones, las camas son de hierro y están pintadas de negro, con unas perindolas de latón dorado en cada esquina. El suelo es de ladrillos rojos. En el descansillo de la escalera hay un cuadro de ánimas, con su lamparita de aceite y todo.

Cuando Alfonso regresa, José Agustín toma algunas notas del viaje. Por la ventana entra un poco de sol. Alfonso vuelve a salir del comedor, atraviesa el porche y la terraza y camina por los alrededores de la Venta. Junto a la puerta trasera descansa un carro de labor y bajo un techado un viejo Ford modelo "T", con las cubiertas ya sin dibujo y matrícula de Huesca. En la carretera se respira un aire fresco. Alfonso recuerda el olor de montaña de las serranías de Huelva y Ronda. A Alfonso cualquier cosa le recuerda Andalucía. El ventero sale de un cobertizo y se le acerca.

- Van a tener el almuerzo antes de lo previsto. Sólo falta que me llegue ahora a por pan con el coche a Torrecilla. Estoy aquí antes de media hora.

- ¿Es suyo el coche?

- Y de usted y de su compañero, para lo que se les ofrezca. Lo tengo puesto de servicio de alquiler, de modo que si quieren que les lleve a algún sitio, no tienen más que decirlo.

- Mientras resistan las piernas, preferimos caminar.

- ¿Van muy lejos?

- Hacia Morella.

- Pues si cambian de idea, ya saben. Con este trasto se llega a todos lados.

- ¿Es usted el propietario de la Venta?

- Sí y no.

- Ya.

- La llevo a medias con mis hermanas, y vamos tirando.

Pero, al revés de que debiera suceder, cada año hay menos movimiento. Parece que todo se haya parado. El transporte por carretera no es ya el mismo de hace unos años. Me refiero a los camiones. Esta es una venta que tiene fama en todo Aragón. Pero, ya le digo, cada año está todo más muerto. En los pueblines de por aquí, la gente que queda es vieja. Los jóvenes escapan. Las chicas, a servir a Barcelona. Los mozos, después del servicio militar, no vuelven. Es pobre todo esto. Antes dicen que era una de las zonas más ricas del país. Pero con las guerras de los carlistas, el siglo pasado, y con esta nuestra de hace veintitantos años, todo ha quedado arrasado.

- ¿Talaron mucho arbolado?

- No mucho, todo. Ahora quieren hacer marcha atrás, con eso de la repoblación forestal, pero, al paso que van, no se acabará nunca.

Alfonso regresa al comedor, y escribe, frente a su ami-

go, hasta que les avisan que la comida ya está lista.

El almuerzo no es gran cosa, pero el vino es bueno y la carne, aunque mal condimentada, tiene un agradable sabor. Las aceitunas son negras y pequeñas, redondas y de pulpa dura. El pan está sobado, y húmedo como el pan familiar de las casas de campo y de los pueblos de esta región.

Cuando terminan de almorzar, se sientan un rato en el porche. José Agustín siente una morriña destemplada. Dice que tiene pocas ganas de andar. Piensa en quién sabe qué.

- Vamos -dice Alfonso-. Carretera y manta...

A medio paso, después de pagar el almuerzo, regresan hasta el cruce para tomar la carretera general de Castellón de la Plana.